

WRITING OF:
LO QUE NO SE LEE
DE UNA NOVELA VOL. I

ALBERTO BERMÚDEZ



Círculo rojo – Novela
www.editorialcircularojo.com

Primera edición: mayo 2011

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Colección Investigación

© Alberto Bermúdez.

Edición: Editorial Círculo Rojo.

Maquetación: Luis Muñoz García.

Fotografía de cubierta: © Alberto Bermúdez

Cubiertas y diseño de portada: © Luis Muñoz García.

ISBN: 978-84-9991-176-2

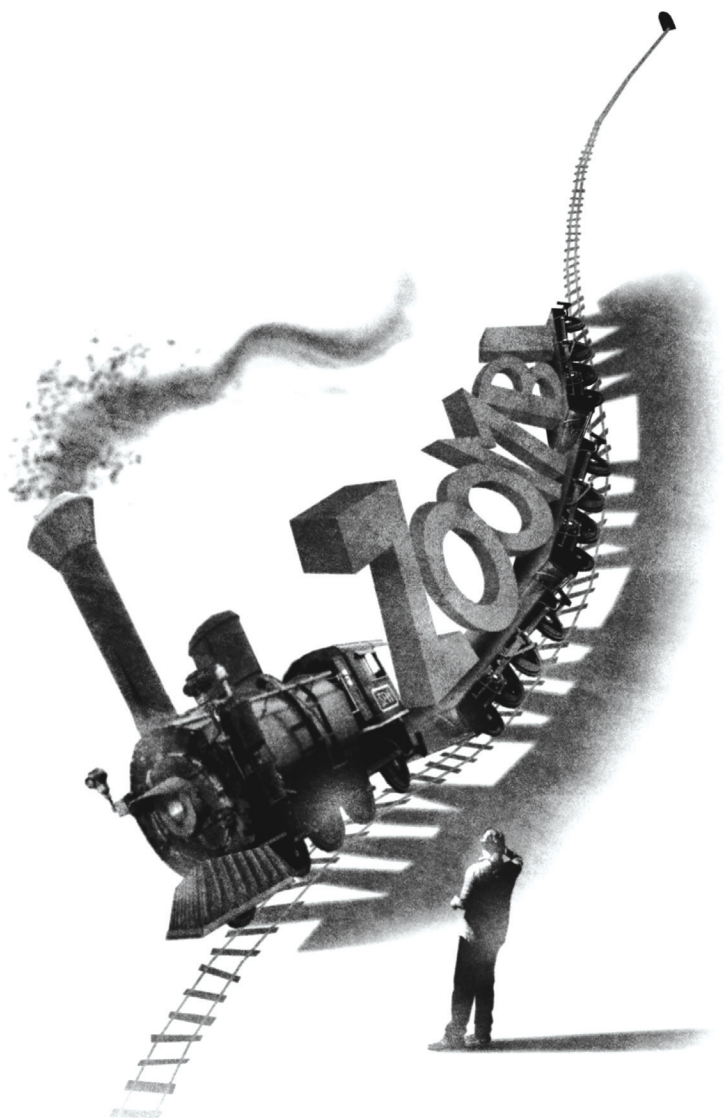
DEPÓSITO LEGAL:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Dedicatoria: Para Bel y Bruno.
Agradecimientos: A Joan Lafulla. A Jorge
P. López (Bob Rock).

Ilustraciones por Nacho de Marcos



En 1929 se publicaba el libro *La Isla Mágica*, de William B. Seabrook, que inspiraría la obra de teatro de Kenneth Webb titulada *Zombie*, y que a su vez serviría para que Victor Halperin, como director, filmara *White Zombie (La Legión de los Hombres sin Alma)*, que se estrenaría el 4 de agosto de 1932. Posiblemente sea la primera película sonora de zombis de la historia del cine. Un clásico del género de terror que daría el pistoletazo de salida a una notable lista de títulos que...

Perdonad, no es así como empieza esta historia.

La paranoia de escribir una novela de zombis...

Escribir una novela de zombis fue una casualidad que se presentó en mi vida en forma de tren; ése que de vez en cuando para en tu estación y en el que acabas subiéndote, por alguna extraña razón, aun sin saber exactamente hacia dónde se dirige. En el fondo esta historia tampoco es tan diferente de otras aventuras literarias, pero por si a alguno le interesa...

Un buen día a un buen amigo se le ocurrió crear un *blog* donde comentaría películas de terror; y entre comentario y comentario de películas de serie B me pidió que escribiese algo, “un relato corto”, para publicarlo a modo de entregas en su recién estrenado *blog* (para entonces creo que todavía no sabía muy bien qué era eso de un “*blog*”). No tenía nada que perder y me lo pedía mi colega del alma, así que acepté, aunque la intención no es sólo lo que cuenta. ¿Qué sabía yo de zombis? Nada, o casi nada; jamás había leído una novela o relato sobre el tema. Mis apetencias literarias, hasta el momento, habían sido muy diferentes. Conocía de la existencia de algunos títulos: *Apocalipsis Z* y *Guerra mundial Z*. Estos dos eran de los pocos que había visto —que no leído— descansando sobre las estanterías de las librerías especializadas por las que, de vez en cuando, me dejaba caer. Es más, una de las lecturas que tenía pendientes en el cajón de mi escritorio, para desvirgarme en el género, era el segundo de los títulos, por aquello de que lo mejor para aficionar-

se a algo es empezar por la *crème de la crème*, y aquél, según todos los indicios, cumplía con el requisito. De *Apocalipsis Z* conocía lo inusual de la publicación: un *blog* había tenido la culpa de que el texto acabase en las librerías. Su autor era un abogado español que conseguía colarse en la habitación de los amantes del género a través de los monitores. Aparte de eso, por mencionarlo todo, tenía la información básica con la que cuenta cualquier hijo de vecino: que los zombis eran originarios de Haití. En el ámbito cinematográfico mi desconocimiento era todavía peor. Las películas de zombis que hasta la fecha había visionado eran: *Dawn of Dead* (Zombi), de A. Romero; *Evil Dead II* (Terroríficamente muertos), del gran Sam Raimi; *Shaun of the Dead* (Zombies Party), de Edgar Wright; *I am Legend* (Soy Leyenda), de Francis Lawrence (en este último caso aceptando que los seres que aparecen en ella puedan considerarse zombis, aunque eso es harina de otro costal), y el *Thriller* de Michael Jackson...

Me encomendaban el honor y la responsabilidad de escribir un relato corto de un género que me era casi totalmente ajeno. <<¡Vaya marrón!>>

La primera reacción que tuve tras aceptar el encargo fue la de ponerme al día, es decir, devorar todo lo que se había escrito del género de un tiempo a esta parte y ver de la primera a la última película de zombis desde una perspectiva documental. Creí que eso podía inspirarme para después sentarme delante del ordenador y escribir. En vez de esto, tras sopesarlo concienzudamente con una cerveza en la mano, decidí probar suerte sin influencias externas, tiempo habría de recurrir a los clásicos en caso de necesidad; sobre todo, teniendo en cuenta que mi fobia a las “pelis” de miedo suponía un contratiempo que no me apetecía superar (soy de los que no pueden dormir, tienen pesadillas e inventan cualquier excusa tonta cuando le sorprenden encendiendo la luz del lavabo para comprobar que no hay nadie ocupando el tro-no real). ¡Qué le vamos a hacer, cada uno es como es! Para empezar tiraría de los clásicos de la literatura, los mismos que hasta la fecha habían satisfecho mi “interés” literario: <<¡A lo mejor resulta algo interesante!>>, pensé, justificando la decisión. Quién sabe si encontraría

esa inspiración en *Pepita Jiménez*, *El Decamerón* o en *Viaje al centro de la Tierra*. Los mimbres no eran muy buenos, pero cosas más raras había visto. A unas malas, sin la influencia de autores consagrados, lo que escribiese seguro que resultaba original.

Los primeros intentos de plasmar sobre el papel las pocas ideas que se me ocurrieron fueron... no sé ni cómo describirlo: desalentadores. Al leerlos se presentaban como historias poco menos que absurdas que morían casi antes de empezar: <<Quizás no sirva para esto de escribir sobre zombis>>, y con ese pensamiento lo dejé en barbecho durante un par de semanas, porque el reto seguía pareciéndome atractivo.

<<¿Qué se supone que debe tener una historia de zombis para ser original?>>, me preguntaba, queriendo sentar la “originalidad” como fundamento para escribir lo que fuera que fuese a escribir.

<<¿Dónde la localizo?, ¿cómo se mata a un zombi?...>>. La sucesión de preguntas y de respuestas que emergían de mi interior con motivo de afrontar el proyecto se transformaron en una especie de enfermedad mental, algo así como una doble personalidad al más puro estilo *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* que se agravaba a medida que escribía y que me acompañaría hasta mucho después de haber alcanzado el objetivo.

Dicen que empezar sólo se puede por el principio, así que supuse que lo mejor era plantearme (en serio) cómo sería un zombi. Lo poco que sabía lo habían inventado otros, y sabía también que innovar en eso suponía un reto demasiado ambicioso. Por otra parte, era un ejercicio que no desmerecía; necesario incluso.

–*Mr. Hyde: Venga, listillo, a ver qué se te ocurre.*

Imaginarse un zombi es tarea sencilla, pero otra cosa bien distinta es “crear” zombis para tu historia. Mis suposiciones, las referidas a mi incapacidad para inventar nada que no estuviese ya inventado, se confirmaron bastante rápido, cosa que permitió orientar mi esfuerzo en una dirección muy concreta: prescindir de una descripción física del zombi. Pensé que



“... la sucesión de preguntas y de respuestas que emergían de mi interior con motivo de afrontar el proyecto se transformaron en una especie de enfermedad mental...”

quien más y quien menos sabía el aspecto que tenían; unos con más miembros colgando que otros, unos rápidos, otros un poquito más lentos...

–Dr. Jekyll: Estoy de acuerdo, sr., si quiere ser original tendrá que beber de otras fuentes...

Así que opté por centrarme en las características de “comportamiento”, también bastante manidas, y especialmente en las “fisiológicas”: ¿quién se habrá ocupado de este tema?

–Mr. Hyde: Nadie, nadie... Eres el primero que se lo plantea... ¡Acabas de llegar y crees que has inventado la rueda!

Seguro que alguien había reparado, pero intuía que, quizás, preocupados por otras cuestiones, este punto podía haber pasado un poco más desapercibido que otros. Desde mi visión pagana se me ocurrió “desmitificar” la figura del zombi, otorgándole, o conservando más bien, nuestras más elementales necesidades. Era poco glamuroso, pero ¿desde cuándo un zombi lo es?: ¡cagaría, mearía y se resfriaría como todo el mundo!

–Mr. Hyde: Lo que tienen que hacer es cargarse a la gente, ¡comérsela viva!. ¡Déjate de rollos!

–Dr. Jekyll: Me parece bien, sr. ¿Qué más?

<<¿Y si hago que no toleren la luz del sol?, ¿cómo se llama esto?>>; se me ocurrió inocentemente.

La ftofobia acabó convirtiéndose en otra de las características personales de mis zombis. En ese momento no supe relacionarlo... Todavía recuerdo al camarada advirtiéndome de que esa “característica” suponía una desviación respecto de los cánones del género, y de que ni tan siquiera era innovadora.

<<¿Ya sabes que los zombis no tienen ftofobia, no?... –¡yo qué iba a saber!–. Es más, uno de los clásicos del género empieza con un

ataque zombi a plena luz del día: *La Noche de los Muertos Vivientes*, de Romero>>, me dijo.

Él mismo se encargaría de recordarle a mi subconsciente de dónde había sacado la idea de los zombis fotofóbicos: <<¿Una “peli”?>>, le pregunté. <<Un libro más bien.>>, aclaraba él. <<¿De zombis?>>, inquiría yo torpemente desde la ignorancia. <<De vampiros –me contestó– o zombi-vampiros, mejor dicho: *Soy leyenda*>>. Efectivamente, Richard Matheson tuvo la idea casi sesenta años antes, aunque yo la había plagiado del *remake* que protagonizara Will Smith muchos años después. ¡Menudo chasco!

Puede que no me ajustase a la “realidad” de los zombis más ortodoxos con eso de la intolerancia al sol, y que, obviamente, tampoco fuese algo original, pero los zombis eran míos y haría con ellos lo que me viniese en gana. Me preguntaba si la vertiente de aficionados al género más purista se rasgaría las vestiduras con aquel rasgo fotofóbico, aunque esa inquietud desapareció en el momento en el que recordé que no se puede contentar a todo el mundo y, sobre todo, que ya había antecedentes; a ver quién era el chulo que le tosía a Matheson. Lo cierto es que la fotofobia terminó condicionando gran parte del desarrollo de las acciones del texto, en especial las bélicas, tomando mucho más protagonismo del que al principio creía que adoptaría.

Ya había tomado dos decisiones importantes que definirían al zombi protagonista de la historia: tenía necesidades fisiológicas y era alérgico al sol. ¿Qué más debía añadir al texto?

–*Mr. Hyde: ¡Sangre!*

–*Dr. Jekyll: Vale, pero no te pases. Si lo que quiere es buscar originalidad podría intentar escribir algo diferente: gracioso, irónico... surrealista. Puede que la vertiente humorística del género no esté tan explotada, aunque le aviso: es mucho más arriesgada que otras.*

–Mr. Hyde: ¡Pero qué estás diciendo! ¡Sangre y zombis!, ¡sangre y zombis., y sexo, en todo caso!...

Esas primeras pruebas, las que traté de escribir desde un marco “serio”, y lo desastroso del resultado, decantaron la balanza hacia el lado de “gracioso y surrealista”. Después sólo tuve que elegir con qué “tipo” de humor narrar la aventura. La verdad es que tampoco requirió de mucho esfuerzo; primero, porque no quería escribir un superchiste de trescientas páginas (hace falta ser un genio) y, segundo, porque mi sentido del humor me empujaba por otros derroteros: quería impregnar el texto de un humor más sutil, aunque tampoco le haría ascos a recursos humorísticos más evidentes.

–Dr. Jekyll: ¿Y el argumento?

Tarde o temprano llegas al verdadero meollo del asunto: el argumento. De todos los planteamientos posibles, era el de la originalidad el que más me obsesionaba: ¿pero dónde buscarla? ¿En la propia historia: una situación jamás planteada?...

–Dr. Jekyll: ¡Una invasión Z en Marte!

–Mr. Hyde: ¡Vaya idea estúpida!

–Dr. Jekyll: ¡Ya está!: un diario personal donde el protagonista relate lo que acontece durante la invasión zombi.

–Mr. Hyde: De verdad que no sé de dónde has salido... eso ya se ha escrito, ¡parte tonta de mí mismo!

Pues nada, no hay nada nuevo que contar...

Comer y... escribir, ¡todo es empezar!

Un buen día empiezas a escribir (noviembre de 2008). Es un primer capítulo modificado hasta la saciedad que contiene la idea general y al que crees que puedes sacarle partido. Lo que más me gustaba era el personaje principal. Lo que menos, el planteamiento de que fuese un diario el formato narrativo... el omnipresente y manido cuaderno de bitácora.

–Dr. Jekyll: Bueno, sr., no desespere, sólo es una idea.

–Mr Hyde: Pero qué dices, esto es una porquería, ¡está más visto que la pana!

Para saber si lo que había escrito pasaba el corte mandé el texto al devorador de novelas del género, erudito en la materia, y responsable de la página donde vería la luz la primera entrega.

–Mr. Hyde: No le va gustar, es una bazofia, ¡no hay zombis!

Su respuesta, para mi sorpresa y regocijo, fue algo así como un “me gusta, pero se puede mejorar”; mucho más de lo que esperaba.

–Mr. Hyde: Este tío no tiene ni idea, cómo va a gustarle, te está mintiendo, es tu coleguilla...

–Dr. Jekyll: ¡Basta ya!, qué sabrás tú... Déjalo tranquilo.

En la frase, al menos, aparecía la palabra “gusta”, y eso, desde cualquier punto de vista, era positivo. Pero, ¿qué clase de “me gusta”? : está bien para entregar como redacción, se puede leer en el lavabo...

–Mr. Hyde: Sí, es más bien eso...



Era menester indagar más sobre el tema: <<Vale, ¿y el pero?, porque todo lo tiene>>, le pregunté, intentando adivinar sinceridad en su respuesta.

<<Bueno, quizás el lenguaje es un poco rebuscado>>, creo que dijo. “¿Rebuscado?” Un misil en forma de comentario que impactaba directamente en mi línea de flotación. ¡Era lo único que salvaba de aquel borrador!: un personaje culto dentro de una historia de zombis, ¿eso suena a original, no? Un excéntrico erudito del fenómeno zombi que se expresa como si se tratase de un miembro de la R.A.E., un sabiondo que daba un poco de repelús y al que daban ganas de matar. Por suerte, la sofisticada consiguió poner las cosas en su sitio: <<Tienes razón, le va como anillo al dedo>>, respondía habiéndole visto, para mi salvación, el sentido a tan rimbombante retórica.

–Dr. Jekyll: Vamos, sr., ya le ha dicho que está bien, siga escribiendo.

–Mr. Hyde: ¡Eres un pelota redomado! Debería decirle que abandone, esto no hay quien lo lea...

Lo más complicado es empezar, y eso ya lo había hecho, así que me limité a tirar del hilo y ver qué pasaba. Después de escribir unas cuantas páginas más de “prueba”, remitía el texto para una nueva evaluación: <<Me gusta, es original. Sigue y publicamos un par de capítulos>>.

–Mr. Hyde: Que le “gusta”... y que es “original”. ¡Mentiroso!

<<A lo mejor es verdad, y eso de que nos hayamos emborrachado juntos un par de veces tampoco ha tenido tanta influencia... >>, me repetía, intentando ahuyentar el pensamiento de que lo decía porque éramos amigos.

–Mr. Hyde: Ya no aguanto más, ¡me voy de aquí antes de que acabe vomitando!...

–Dr. Jekyll: Adiós, Mr. Hyde, ¡lárguese de una vez, y no vuelva!

Conciliar la vida familiar... y escribir una de zombis: parte I.

Te pones a escribir: ¿cuándo? Pues restando tiempo del que dedicas a tus amigos, familia y a ti mismo; en eso no hay fórmulas mágicas. Aventurarse es dedicarse en cuerpo y alma a este objetivo. Pasas meses pensando como si vivieses dentro de tu novela, como si fueses cada uno de los personajes: en el cine, en el bar, en el trabajo, cuando miras la TV, en la fiesta de cumpleaños de tu primo, cuando juegas con tu hijo, cuando estás con tu mujer... Olvidas tu vida social y familiar durante el proceso. Es importante mentalizarse antes de empezar para evitar traumas posteriores. Avisad a todo el mundo de que os sumergís en “el proceso creativo”. Evitará que empiecen a pensar que te estás volviendo loco y que un día te encuentres con unos señores vestidos de blanco en la puerta de casa con una camisa de fuerza en las manos diciendo aquello de: “tranquilo, todo va bien, no pasa nada, vamos a llevarte a un lugar donde estarás muy tranquilo, serán unos días... Ya verás como pronto todo volverá a ser como antes”.

Acabas de empezar a escribir y todavía conservas algo del menos común de todos los sentidos..., aunque poco a poco se te escapa de entre las manos como cuando aprietas con el puño la arena de la playa. La obsesión va haciendo presa en ti sin que puedas hacer nada para remediarlo. Te sientes eufórico y crees que escribir un libro tampoco es tan difícil. Cada vez que te sientas delante del ordenador consigues

escribir unos párrafos que juzgas “buenos”. Pero la inercia creativa de esos primeros días, tarde o temprano, sin previo aviso, va cayendo por su propio peso en un lodazal espeso y se hunde lentamente delante de ti sin que puedas hacer nada. <<¿Y ahora qué? ¿Y ahora qué? ¿Y ahora...?>>, te preguntas con el miedo metido en el cuerpo. Eres como un animalillo indefenso; es entonces cuando empiezas a darte cuenta de que no eres ni la mitad de escritor de lo que te habían dicho, ni de lo que tú creías. Prácticamente acabas de empezar y te has quedado en blanco... no tienes nada que decir y no se te ocurre nada.

–Mr. Hyde: Si es que de donde no hay...

–Dr. Jekyll: ¡Calle y déjenos trabajar tranquilos!

<<A ver: una, dos, tres... y quince. ¿Quince páginas es un relato corto, no? Mejor quince buenas que trescientas malas. Escribo un final digno y ya lo tengo, lo publicamos en el *blog* y que el gran público decida...>>. Crees que vas a abandonar, pero siempre encuentras una excusa, un motivo... una razón.

<<Mi mente creativa debe estar atravesando un bache; me voy al cine a ver si las musas...>>.

–Dr. Jekyll: Eso, vaya y desconecte un poco, le vendrá bien salir.

–Mr. Hyde: ¡No seas nenaza! No le digas estupideces. Quédate y escribe; así no vas a llegar a ninguna parte.

Y mientras en la pantalla grande se suceden las escenas de acción, violencia, sangre, vísceras y actos sexuales... ¡Zas! La musa inspiración se cuele en tu cerebro subrepticamente: ¡una idea genial! Un texto, una frase que pasará a la memoria colectiva como aquello de “*En un lugar de La Mancha...*”.

<<Tengo que apuntarlo donde sea o se me olvidará, igual que cuando voy al supermercado y me dejo los putos yogures del

peque... ¡Un bolígrafo, necesito un bolígrafo!...>>, gritas para tus adentros, habiendo recuperado el optimismo que te embargaba hace unos días. Entonces todo vuelve a parecerse maravilloso, nada es imposible, ni siquiera conseguir un bolígrafo donde no los hay o donde no deberías...

–Mr. Hyde: Pídeselo a tu parienta, ¡capullo! Las tías llevan de todo en el bolso.

–Dr. Jekyll: ¡No sea usted maleducado! Aunque, quizás, esos megabolsos que están de moda sean su salvación... sr.

Te giras disimulando y la miras... Ella te mira... con cara de cordero degollado: <<¡Mierda!, está pensando que es uno de esos arrebatos amorosos que tienen las parejas en el cine...>>.

–Mr. Hyde: Esto se pone interesante, a ver cómo sale de esta, ¡listillo!

–Dr. Jekyll: No se preocupe, sr., actúe con naturalidad.

<<Tranquilo, un beso –te dices– y le pido el “boli”... Por favor, que lo lleve encima: lleva un cepillo, un espejo, el perfume, la barra de labios y demás artilugios de restauración facial, las compresas... ¿Por qué no iba a llevar un simple y vulgar “boli”?>>.

Te acercas. Una sonrisa, una mirada cariñosa... y mientras vas pensando en esa escena magistral zombi que se te acaba de ocurrir... La besas: <<Bien, ya está. Al lío: “Cariño, ¿tienes un “boli”?>>

–Mr. Hyde: La cagaste...

–Dr. Jekyll: Creo que esta vez Mr. Hyde tiene razón, sr.

Lo sabes por el careto que te pone tu amada en el momento en el que procesa la información. Puede que tarde unos segundos.

<<¿Qué dices?>>, te pregunta entonces con incredulidad.

<<Un “boli”, que si tienes un “boli”...>>, respondes, a sabiendas de que aquello no tiene buen pronóstico.

En la pantalla grande siguen sucediéndose los fotogramas, y vas alternando las miradas entre tu acompañante y el celuloide, además de ultimar los detalles del texto que escribirás tan pronto llegues a casa.

<<¿Para qué quieres un “boli”?>>, insiste.

–*Mr. Hyde: Venga, escritor de tercera, a ver qué se te ocurre...*

–*Dr. Jekyll: Tranquílicese, sr., sea usted sincero... verá como lo entiende.*

Todavía el tono de voz no presagia que vas a ser el centro de atención en una sala con doscientas cincuenta personas atentas a cualquier cosa que pase que se salga de lo normal: es un buen momento para abandonar, una retirada a tiempo... Intentar enmendarlo es un craso error. Deberías pasar página, sonreír y decir que es broma; convencer a la otra persona de que no hay nada de malo o anormal en que necesites un bolígrafo en un cine está fuera del alcance de las mentes mediocres. No lo entenderá. No está sumergida como tú en el proceso creativo. Ajena a los requerimientos intelectuales que esto conlleva reaccionará bastante mal. Con suerte, y si es capaz de gestionar el cabreo de manera más o menos razonable, mirará otra vez a la pantalla simulando que nada de lo que ha escuchado en los últimos minutos es real, y todo habrá quedado en un susto.

<<Necesito apuntar algo>>, respondes finalmente como una persona civilizada.

<<¡Ahora! ¿Para qué?>>, insiste ella olfateando el miedo en las perlas de sudor frío que se deslizan por tu frente camino de la bragueta del pantalón, y fijándose descaradamente en los rodales que enjaezan los sobacos con el salino elemento.

<<Luego te lo explico>>, contestas, enarcando las cejas y moviendo levemente la cabeza de arriba abajo, intentando dar a entender que te llevas algo entre manos, y que quieres hacerla participe. Otro error: se la trae al paio lo de tu libro de zombis. Le pareces un *friki* de mucho cuidado; cuando os conocisteis ya coleccionabas figuras *Geyperman* de primera generación con sus trajes originales y cómics, y a ella le parecía encantador; ahora le pareces un enfermo de mentalidad infantiloides incapaz de superar su adolescencia. En resumen: que te quedas sin apuntar la genial idea. Lo más importante, en todo caso, es que no se te olvide. Debes mantenerla en la memoria hasta que llegues a casa y puedas vomitarla sobre el teclado; eso sí, después de preparar la cena, bañar al peque, recoger un poco el comedor, etcétera, etcétera, etcétera.

Lo patético del caso es que, mientras simulaba ver la película, creí haber alumbrado una idea novedosa. Me equivocaba; semanas más tarde, navegando por internet, descubría que mi “original” idea ya la había tenido otro y llevaba colgada en un *blog* un siglo.

Pagas un pastón por ir al cine, no ves la “peli” y te encabronas con tu mujer. Moraleja: antes de empezar a escribir prevé cualquier contingencia logística; un bolígrafo y una libretita de dimensiones reducidas que te quepan en el bolsillo es una opción, una grabadora también...

Sales del cine, y si tienes suerte, y si ha olvidado el incidente del “boli”, o simplemente no quiere hacer leña del árbol caído, quizás sólo te pregunte: <<¿Qué te ha parecido la película?>> ¡Y tú qué coño sabes si no te has enterado de nada! Tienes otras cosas más importantes en la cabeza, pero eso no lo puedes decir, así que mientes flagrantemente; una constata que se repite y a la que te acostumbras, y sobre la que no merece dar muchas vueltas...

<<Bien, está bien. Quizás el guión un poco flojo en algún momento y algún personaje no acaba de desarrollarse con profundidad>>, respuesta que encaja perfectamente como observación para cualquier película, o sea, que lo mejor es preparar algunas variantes de la misma por si tuviéramos que recurrir.

<<Pues a mí me ha gustado mucho>>, contestaba reafirmando esa primera impresión.

<<Pues vale, pero vamos a casa que tengo que escribir>>, piensas, sin decir “esta boca es mía”.

<<¿Nos tomamos algo antes de ir a casa?>>, escuchas, no dando crédito a sus palabras.

<<¿Pero qué dices?, con la que está cayendo en mi cabeza y tú pensando en malgastar el tiempo para tomar algo>>, vuelves a pensar sin que salga ni una palabra de tus labios. Tus prioridades en cuanto a necesidad de ocio varían sustancialmente; cualquier cosa que no sea escribir unas líneas de tu ópera prima te parece un desperdicio.

–Dr. Jekyll: Sr., aproveche la ocasión, le irá bien.

–Mr. Hyde: córtale el rollo ya, tío, tienes que escribir lo del zombi comiéndose al del quiosco...

Normalmente, no te hacen falta grandes excusas para intentar declinar invitaciones de ocio ajenas al proceso de escritura:

<<Cariño, estoy cansado, mañana curro, y tenemos mucho trabajo –como normalmente lo del “nivel de usuario” en temas informáticos que aparece en el currículum de la mayoría de los españoles suele ser una exageración, añadir algo referente a algún problema con un programa o aplicación suele dar buenos resultados, sobre todo si van dirigidos a personas cuyos conocimientos ofimáticos se limitan al “cortar/pegar” y al retoque fotográfico de estar por casa–, nos han instalado un programa nuevo y mañana nos ponen una actualización>>; y te quedas tan ancho.

<<Venga, algo rapidito y nos vamos>>, escuchas sorprendido, mientras piensas en todas las veces que has dicho tú eso de “algo rapidito” sin que haya surtido efecto por ninguna parte...

–Mr. Hyde: Sí, señor, así me gusta, ¡devuélvesela!

<<Pero si todavía tenemos que ir a recoger al peque de casa de mis padres>>, replicas, intentando escaquearte, y sin parecer ansioso.

<<Ya, pero para una vez que salimos... –cuando sales con ella es “para una vez que salgo” y cuando te vas a tomar una caña con los colegas, una vez al año, es “otra vez con tus amigotes...”–. Anda, no seas rancio>>.

–Mr. Hyde: ¡Díselo, díselo!

–Dr. Jekyll: Yo no lo haría, sr., se va a meter usted en un buen lío...

<<Bueno, vale, pero que no se nos haga muy tarde, que tengo que mirar una puja en ebay...>>

–Mr. Hyde: ¡Calzonazos!

Si la suerte te sonrío no tienes que coger el coche para ir a donde Cristo perdió la sandalia para tomar la copa. Llegas al dichoso bar, lleno de gente hasta los topes, donde todo el mundo comenta la “peli” que acabas de ver y piensas: <<Por favor, que se vaya alguien rapidito y podamos sentarnos. Por favor, por favor, por favor...>>

Te sientas y, mientras el camarero limpia la mesa, pides: <<Una caña para mí y un cortado para ella –como siempre–, por favor>>.

<<No, no, yo quiero otra caña>>, dice, contraviniendo todas las leyes de su naturaleza.

–Mr Hyde: ¿Cómo?, ¿una caña?, ella, que jamás bebe nada que no lleve leche o café, o una combinación de ambos. La misma que se toma el cortado hasta en el chiringuito de la playa a las diez de la noche...

<<¿Y eso?>>, preguntas, intentando mantener la compostura y sin dejar que la cara se te descomponga de la mala sangre que te corre por las venas.

<<Bueno, por cambiar>>.

–*Mr. Hyde: Por joder, diría yo. ¿Verdad Dr.?*

–*Dr. Jekyll: No sabría decirle, sinceramente...*

Esa decisión espontánea significa que el tiempo que pasas en el bar se alarga, *ergo* el que tienes para escribir se reduce, aunque eso no es lo peor...

<<Bueno, explícame algo de eso del libro de zombis...>>, te pregunta alargando la “i” final, intentando dar miedo y poniendo cara de... no sé.

<<No es un libro>>, piensas, pero bueno, pase; todavía no se lo has dicho. Lo de la representación teatral, cómica, para más inri, al pronunciar zombi no tiene explicación racional. Es bastante común que la gente piense que eso de escribir relatos de zombis no es serio, incluida tu familia: un ejercicio facilón que no requiere de la acumulación de neuronas en el cerebro. Algunos no lo consideran ni literatura, y dudan si englobarlo dentro del mundo del cómic –tebeos para ellos, claro– o directamente desecharlo como pseudo-literatura. Te sorprendes viendo algún conocido, de esos que todavía conservas de la infancia y que ha evolucionado –o involucionado, según se mire– por otros derroteros culturales, generalmente futboleros, buscando alguno de los títulos del género en la sección de esoterismo de la librería de turno...

<<Bueno, en realidad no es un libro –aclaras–, es un relato corto para un *blog*...>>.

<<¿Y de qué va?>>; intentas no decir “de zombis”, por no meter el dedo en la llaga.